

NUESTRAS ENTREVISTAS.

En mitad de la escalera, sale a recibirme el "peligro amarillo," en forma de un *chow-dog*, o perro chino, que me mira con unos ojos recelosos, me olfatea a su gusto, para soltar después un gruñido feo, que me conmueve las piernas...

—¡Eh...!

—Pase usted. No muerde—me anima a subir una niña, desde lo alto.—Psst... *Pego*, quieto. *Pego*, ¡mira que te pego!

—Bueno, a mí no me la pega—digo para mi americana, haciendo de tripas corazón.

El caso es que no me muevo de mi sitio. Porque el pegajoso *Pego* se pega con demasiado

Me dan unas ganas de interceder por él! El pobre *Pego*, después de todo, tampoco hizo otra cosa más que cumplir con su deber. Pero me acuerdo del clásico proverbio: "la caridad bien entendida..." Y aun me quedo con un motivo más de acción de gracias al Creador que iluminó la mente del inventor del bozal canino.

Todas estas reflexiones me las hago, mientras espero la aparición del objeto de mi visita, la Srta. María Iglesias, a quien su mamá acaba de pasar aviso.

La habitación en que me encuentro es una antigua casa de Intramuros. De las vetustas pa-



Srtas. María, Patrocinio y Montserrat Iglesias.

apego a mis piernas. Por fin, baja la niña a cortar tanta familiaridad embarazosa, interponiéndose entre el can y un servidor, que sólo va a cumplir religiosamente con su deber, en pleno Día de Acción de Gracias.

Sospecho que el terrible *Pego* quiere darse un festín de "camarón cocido", a cambio de un pavo asado, a cuenta de la festividad del día.

Afortunadamente, los habitantes de la casa, empezando por la madre, doña Evarista de la Rama, hacen todo lo posible por hacerme olvidar las intenciones poco cristianas de su perro, cuidándose muy bien de montar, como primera providencia, un bozal de aspesto inquisitorial, sobre su hocico de oso...

redes cuelgan cuadros de paisajes luminosos, que representan verdes boscajes cielos azules y lagos transparentes.

¡Cuadros de inspiración ideal y ejecución maravillosa, que se dirían ventanales claros y rientes, por los que el alma encerrada en el marco adusto de la ciudad pudiese asomarse al campo a todas horas, y comulgar constantemente con los esplendores de nuestra pródiga naturaleza tropical!

Del dintel de una puerta que se abre a una habitación interior cuelga una jaula verde, donde tres palomas torcaces, de las llamadas *bleeding heart* (o "corazón sangrante," por la mancha roja que adorna los plumones de su pecho), se

arrullan y consuelan mutuamente de su libertad perdida, o acaso se cambien confiancias y se cuenten cuitas de amores idos...

En un florero sobre la mesa, al calor de la siesta filipina, cabecean en sus tallos tres o cuatro mirsotes. Si no viene a tiempo la Srta. Iglesias, temo convertirme en otro mirasol...

Por fin, con pasos lentos y quedos, aparece ante mí la joven pintora, sobre quien el decano de Bellas Artes D. Fabián de la Rosa ha izado el palo bandera de sus legítimas esperanzas, portando en lo alto la dulce eucaristía de sus pupilas melancólicas.

Viste un sencillo traje blanco de casa, sin más adornos que unas motitas amarillas; sobre un cuerpo espiritualado, sin relieves casi. Su cabellera peinada lisa y llanamente hacia atrás no tiene un solo rizo. Todo es en ella natural. La química, la electricidad, el artificio, en fin, le cuajan a ella como dos pistolas a un Cristo.

Viéndola sentarse reposada y humildemente delante de mí, con las manos cruzadas y una sonrisa escurridiza, nadie atribuiría la magia artística de sus manos exangües la maravilla de luz y de colores que irradian los paisajes que nos rodean y que parecen reflejar el resplandor interno que palpita dentro de su exterior apagado...

—¿Es usted realmente la que ha pintado todos esos cuadros?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su predilección: el paisaje o la figura?

—Me gustan ambos. Lo primero me proporciona las escapadas al aire libre, me abre las puertas de la naturaleza. Y lo segundo satisface mi afán de estudio de la psicología humana, porque al retratar una figura en el lienzo, no basta coger el parecido, hay que saber darle expresión, hay que sacarle el alma fuera...

—Entonces, ¿pinta usted también desnudos?

—Indudablemente. Es imprescindible en el estudio del arte.

—Para usted no es, pues, importa el desnudo.

—Desde el punto de vista artístico, no.

—Luego, hay arte en el desnudo. ¿Qué me dice usted, pues, del proyecto de ordenanza Herrera, que prohíbe el semi-desnudo femenino en las tablas y en la playa?

—Que es una simpleza. Supóngase que ya se ha desterrado lo que hoy se conoce por el traje de baño, ¿qué resultará? La vuelta al viejo *tapitapi* y los calzones cortos, que una vez mojados son mucho más indecentes que lo otro...

—¿Y en el *vaudeville*?

—Yo he presenciado varios programas de él, y francamente, quizás por la costumbre de ver la misma cosa, no me ha producido ningún efecto desagradable.

—Bueno, hija—interrumpe la madre desde la otra mesa, en que se halla bordando apaciblemente—a ti quizás no te produzca el *vaudeville* efecto desmoralizador alguno; pero me parece que para los menores de edad es un espectáculo bastante fuerte...

—Pues que se prohíba la entrada de los menores en el teatro, como se prohíbe, al parecer, en los *cabarets*. ¿No le parece, señora?

Dofia Evarista se da aparentemente por convencida, porque deshaciéndose del hilo de nuestra conversación, vuelve al hilo de su labor propia.

Porque esta mujer de cabellos plateados es también una artista de la aguja. La aguja, en sus manos, desde hace un quinto de siglo que envidió, se ha convertido en la varita mágica, que con ser tan diminuta, ha venido sosteniendo a la familia, así como la educación de las hijas.

María me muestra tocada de legítimo orgullo, unos calados bordados a máquina por su madre, que son verdadera filigranas de arte y de gusto exquisitos.

—¡Bésoslas las manos divinas, señora!

La hija me cuenta que apenas cursó el segundo año de *High school* en el colegio de Sta. Isabel, tuvo que dejar los estudios, para ayudar a su mamá en el taller de bordados y confección de trajes de mestiza, que ésta puso en la avenida Rizal, con el nombre de «Evarista de la Rama and Co.» Ella y sus dos hermanas menores Patrocino y Monserrat.

Luego, gracias a la acogida que tuvo la madre como modista, María pudo dar rienda suelta a sus aficiones de niña, terminando en cinco años, ganando cinco medallas, un curso de pintura en la Escuela de Bellas Artes.

Monserrat marchó a Milán para estudiar el canto y volvió convertida en profesora del Conservatorio. De ella se hizo lenguas Miguel Fleita, cuando vino, como artista y como mujer. Pátrio por su parte, es profesora de piano. Tres hermanas, profesoras, modelos de hijas, que se dirían las «Tres Gracias», por sus virtudes estéticas y morales.

Estoy, pues, entre una familia de verdaderas artistas todas ellas, cada una distinguiéndose en su género.

María termina confiándome sus planes para el futuro: está preparando actualmente una exposición particular de cuadros, esperando completar su número muy pronto, para exhibirlos en el Casino Español; y la próxima beca filipina en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, se la han prometido a ella...

—¡Qué lástima que no fuera hoy mismo! Con las ganas que tengo de viajar!

La artista calla y se cieran sus pupilas tristes de sol...

JUANITO.